



⇒ El Círculo Literario: un espacio de sociabilidad en la Buenos Aires de la década de 1860

Paula Bruno

CONICET/Universidad de Buenos Aires

Resumen: En 1864, Lucio V. Mansilla y José Manuel Estrada fundaron en Buenos Aires, Argentina, el Círculo Literario, cuya vida se extendió hasta 1866. Esta asociación cultural compartió las mismas inquietudes que otras agrupaciones de su tiempo que movilizaron a los hombres que comenzaban a ganar un espacio en la vida letrada porteña. El Círculo Literario se vio asimismo como una asociación que podía convocar a hombres de la política y la cultura de distintas facciones y diversas generaciones, y a tono con otras asociaciones de la época, intentó generar espacios inexistentes en el universo letrado. En este artículo se estudian las dinámicas de esta asociación intelectual en un momento en el que la cultura argentina era pensada como un terreno abierto para que diferentes pioneros dedicados a los trabajos intelectuales pudieran ocupar lugares y aprovechar oportunidades. El artículo evalúa el alcance y los límites de este emprendimiento cultural surgido al margen de las políticas estatales.

Palabras clave: Sociabilidad cultural; Círculo Literario; Lucio V. Mansilla; José Manuel Estrada; Buenos Aires; Siglo XIX.

Abstract: In 1864, Lucio V. Mansilla and José Manuel Estrada created the Círculo Literario in Buenos Aires, Argentina, which endured until 1866. This cultural association shared the same concerns than other contemporary entities, also enacted by other men in the cultural life of Buenos Aires at that time. The Círculo Literario aspired to be an association that could gather politicians and men of culture, from different generations and political factions. The article examines the practices and initiatives of this cultural association, in a moment in which the Argentine culture was conceived as an open field for pioneers. The article evaluates the scope and the limits of this cultural entrepreneurship born outside from the State politics.

Keywords: Cultural sociability; Círculo Literario; Lucio V. Mansilla; José Manuel Estrada; Buenos Aires; 19th Century.

Introducción

En el actual territorio argentino cobraron vida a lo largo del siglo XIX círculos, cafés literarios, ateneos, sociedades profesionales y otras formas de reunión. Mientras que en Europa estas asociaciones se vincularon con las prácticas políticas y culturales de las burguesías en ascenso y tuvieron un antecedente del cual diferenciarse, el salón aristocrático (Craveri 2002; Chartier 2003), en América Latina, dadas las características de las sociedades hispanoamericanas, es difícil sostener que surgieron para sustituir a los salones y tertulias de los tiempos coloniales. En cambio, estas asociaciones de diverso

tipo se relacionaron con las historias de las independencias y con el surgimiento de nuevas dinámicas de organización social y política en las primeras décadas del siglo XIX. Por su parte, la sucesión de etapas que es posible fechar para los casos europeos no siempre tiene un correlato en estas geografías. En los territorios que rompieron el lazo colonial con España fueron frecuentes las superposiciones de formas de asociación y menos claras las definiciones sociales de las mismas. Por ejemplo, sociedades de carácter público convivieron con las logias y asociaciones secretas y con tertulias de apariencia o pretensión “aristocrática” (Luna/Cecconi 2002).

Las historiografías de distintas latitudes prestaron atención a los fenómenos de sociabilidad asociativa con objetivos diversos en las últimas décadas (Agulhon 1992; Canal i Morell 1993). El nombre de Maurice Agulhon, de hecho, actualmente se liga casi automáticamente con el concepto de sociabilidad. A su vez, los estudios que se han centrado en el análisis de la esfera pública y la opinión pública, influenciados por Jürgen Habermas, han estudiado las sociabilidades y sus dinámicas y convirtieron la vida asociativa en uno de sus ejes de interés (Agulhon 2009; Habermas 1991). Estos trabajos han tenido sus ecos en la historiografía argentina de los últimos treinta años. Se pueden reconocer por lo menos tres líneas tributarias de estas tendencias europeas. En primer lugar, se encuentran los estudios de la sociabilidad en relación a la vida política del siglo XIX (González Bernaldo 2001; Sabato 1998). En segundo término, se cuentan las investigaciones sobre las sociabilidades de distintos grupos sociales en el siglo XIX —en especial, de los sectores populares y de la élite social— (Gayol 2002; Losada 2006). Por último, se produjeron contribuciones sobre las asociaciones étnicas, sobre todo en el marco de los estudios sobre inmigración en el país (Devoto/Fernández 1990; Devoto 1995).

Es decir, las nociones de sociabilidad y vida asociativa han tenido una acogida destacada en los estudios provenientes de la historia política y la historia social. En cambio, el estudio de las sociabilidades de la cultura no se ha convertido aún en foco de interés extendido. Puede sostenerse, de hecho, que mientras que en otros contextos historiográficos —y no solo europeos— los estudios sobre sociabilidades y vida cultural cuentan ya con varias décadas de desarrollo (Racine/Trebitsch 1992), en la historiografía argentina es una perspectiva exigüamente explorada. En este artículo se estudia y analiza un espacio de sociabilidad cultural en particular, el *Círculo Literario*. Las preguntas que han guiado la indagación fueron las siguientes: ¿cómo percibían sus fundadores y miembros la vida cultural del país?, ¿cuáles fueron los objetivos de esta asociación?, ¿cómo fueron sus procesos de organización?, ¿qué referencias extranjeras funcionaron como modelos de este espacio de sociabilidad cultural porteña?, ¿este espacio de sociabilidad fue visto como complementario a las instituciones estatales de la cultura o como un espacio que competía con las mismas? Para responder a estas inquietudes se han consultado variadas fuentes: periódicos y revistas de época, archivos personales y libros de memorias autobiográficas, entre otras.

Vida cultural en la Buenos Aires de las décadas de 1850 y 1860

La bibliografía que estudia las décadas comprendidas entre 1830 y 1850 coincide en sostener que en tiempos del rosismo la cultura atravesó casi un medioevo y se afirma que se debe buscar una trama de continuidad entre la cultura pre y posrosista en los exiliados

de la Generación del 37 (Myers, 1995; Eujanian 1999). En 1852, con el fin de la experiencia rosista, parecía inaugurarse un nuevo capítulo para la historia del país. Se produjo entonces un avance del asociacionismo y, a tono con el mismo, las sociabilidades de carácter cultural se multiplicaron. Mientras que algunas de estas asociaciones contaban con un perfil ligado a una tendencia “disciplinar”, “erudita” o “profesional” –como la Asociación Médica Bonaerense (inaugurada en 1860), la Sociedad Científica Argentina (creada en 1872) o el Instituto Geográfico Argentino (fundado en 1879)–, otras, como la aquí analizada, se postulaban, sin más, como agrupaciones culturales que podían reunir a figuras muy diversas en su interior. De este modo, si se confrontan los años posteriores a 1860 con los decenios anteriores, la novedad central de esta etapa es la apertura de una multiplicidad de zonas culturales en el ámbito porteño.

Este momento histórico fue percibido por varios contemporáneos como propicio para aliviar las tensiones del pasado y establecer nuevos vínculos sociales. Existía consenso sobre la idea de que la república letrada sería una parte constitutiva de la cultura nacional y debía convocar a hombres con intereses diversos, tanto ideológicos como “disciplinarios”, para sostener proyectos colectivos y ser el vector del desarrollo del progreso intelectual del país. Varias asociaciones aspiraban a fomentar la convivencia y dejar atrás las fracturas que habían ritmado las décadas anteriores (González Bernaldo 2001). Durante los años del rosismo se generaron varias de estas divisiones: mientras que algunas familias habían permanecido en Buenos Aires, otras habían marchado al exilio. A su vez, los exiliados no conformaban un elenco homogéneo. Aunque formaban un frente común en oposición a Juan Manuel de Rosas, en su interior existían disensos. Por ejemplo, los llamados “exiliados unitarios” no siempre estaban de acuerdo con los miembros de la Generación del 37. Pero no solamente en otras tierras se trazaban diferencias. Los resquebrajamientos se dieron también en distintas zonas del actual territorio argentino, e incluso en el interior de Buenos Aires: ciertas figuras apoyaron al rosismo de manera abierta, otras no lo hicieron. No fueron inusuales tampoco las situaciones en las cuales una misma familia se dividía en su interior o aquellas en las que una persona oscilaba entre épocas cercanas al rosismo y otras de distanciamiento. Conciliar intereses, entonces, se presentaba como un deseo que debía propiciar la convivencia entre quienes regresaban del exilio y los que habían permanecido en la ciudad puerto, y entre estos y los hombres que se instalaban en Buenos Aires provenientes de otros lugares del territorio; y, más generalmente, entre figuras que habían tenido posicionamientos diversos en la primera mitad del siglo XIX.

Estas fracturas y las intenciones de superarlas se vieron, además, inmediatamente superpuestas con la situación que se desplegó desde 1853. Nuevas tensiones se generaron cuando Buenos Aires no firmó el Acuerdo San Nicolás. A partir de entonces, se inauguraron en el actual territorio nacional dos experiencias estatales paralelas: la Confederación y Buenos Aires. En lo que respecta al plano cultural, este escenario, que se mantuvo por casi una década, abrió un período en el que Paraná y Buenos Aires se convirtieron en focos de la vida intelectual en paralelo. Fueron dos capitales culturales en las que se llevaron adelante proyectos ligados al avance de las estructuras estatales, pero también otros con vida autónoma. En la Confederación asumieron envergadura espacios como el Colegio del Uruguay y el Museo de Paraná. En ellos, hijos del país y extranjeros, como Alfred Marbais Du Graty, Augusto Bravard, Albert Larroque y otros, organizaron instituciones de la cultura. Buenos Aires, por su parte, fue escenario de renovaciones. German Bumeister estuvo a cargo del Museo Público; Eusebio Agüero, del Colegio y Seminario

Eclesiástico –también llamado Colegio y Seminario de Estudios Generales–; Paul Mortá fue mentor de la Librería del Colegio, entre otros.

Los tiempos abiertos con la presidencia de Bartolomé Mitre, por su parte, dieron un nuevo impulso a la configuración de una cultura de rasgos novedosos, en los que decantarían algunas de las experiencias generadas en los años inmediatamente posteriores a 1852 y surgirían nuevos emprendimientos. Buenos Aires era ahora un foco de concentración de la vida cultural. Allí se reunían hombres de letras que hasta entonces habían tenido escasas experiencias de convivencia e intercambio intelectual: algunos que habían vivido en Paraná –como Vicente Quesada, Carlos Guido y Spano o Carlos Casavalle– se reunían ahora con otros que habían permanecido en Buenos Aires –como Pedro Goyena o Santiago y José Manuel Estrada– pero también con los hijos de exiliados –como Héctor Varela, Miguel Cané y Eduardo Wilde– y con los miembros ya maduros de la llamada Generación del 37, algunos de los cuales habían desplegado sus actividades en Paraná –como Juan María Gutiérrez– y otros que, en cambio, se habían afincado en Buenos Aires, –como Bartolomé Mitre–. A su vez, comenzaban a estrecharse lazos con científicos y literatos provenientes de tierras lejanas: los sabios extranjeros que habían sido convocados por los gobiernos de la Confederación y Buenos Aires para dirigir instituciones –como Amadeo Jacques o el ya mencionado Germán Burmeister, entre otros–. Además de los actores mencionados, cabe subrayar que hombres de otras provincias estaban también instalándose en Buenos Aires. Se trataba, en suma, de un momento en el que parecía posible organizar una trama de relaciones que se había postergado durante años.

Hacia comienzos de la década de 1860, emprendimientos renovadores mostraban que la cultura era un espacio abierto para la concreción de nuevos proyectos y un ámbito fértil para alcanzar la armonía social. Esta situación es descrita en las crónicas de estos años con dos metáforas recurrentes: la primera es la del vacío o el desierto cultural, un terreno virginal en el que todo estaba por hacerse. La segunda es la de la fluidez y la eferescencia de un mundo de oportunidades en el que reinaban las expectativas de conciliación política, social y cultural (Bruno 2009).

En este contexto, las asociaciones cobraron un rol central. Desde mediados del siglo XIX, librerías, redacciones de periódicos, casas de figuras públicas y salas de profesores de instituciones educativas funcionaban, de hecho, como espacios de reunión y de tertulia. A comienzos de la década de 1860 se sumaron a estos ámbitos de reunión una serie de asociaciones que se proponían como superadoras del aislamiento en el que desempeñaban sus tareas los hombres de letras. Contemporáneamente, se fundaron varias empresas editoriales que proponían, en sus folletos de lanzamiento o en alguno de sus artículos inaugurales, ser también ellas un espacio de confluencia y reunión de voces. El optimismo conciliador y superador de las diferencias de antaño parecía estar a la orden del día. En este clima de entusiasmo, en el que en Buenos Aires se multiplicaron los proyectos de asociación, se fundó el Círculo Literario.

José Manuel Estrada y Lucio V. Mansilla como promotores culturales

A principios de la década de 1860, Lucio V. Mansilla contaba con experiencias ligadas al mundo de la prensa y de la sociabilidad. Durante los años de la Confederación, en Santa Fe y en Paraná, había ejercido tareas en periódicos de corte político, como *El Chaco* y

El Nacional Argentino. A su vez, en Paraná había estado asociado al Club Socialista y al Club Argentino y concurría a varias tertulias, algunas de carácter marcadamente político y otras con visos culturales. Sin embargo, su reputación estaba signada aún por marcas de su biografía: la mayor parte de quienes lo conocían se referían a él como “el sobrino de Rosas” o “el hijo del general Lucio Mansilla” (Auza 1978). Ya hacia 1863, de regreso en Buenos Aires luego de pasar los años anteriores en tierras de la Confederación (había sido condenado al destierro en 1856 y desde entonces había regresado esporádicamente a la ciudad puerto), comenzó a publicar textos en *La Revista de Buenos Aires* sobre temas diversos: discutió los juicios que sobre las novelas de su hermana, Eduarda, se habían escrito en una revista de Berlín, dio a conocer apuntes sobre la caballería argentina y publicó relatos de su viaje a Egipto. En 1864 cobraron fama sus piezas teatrales: *Atar Gull* o *Una venganza africana* y *Una tía*.

José Manuel Estrada, por su parte, once años más joven que Mansilla, había tenido una activa participación en las tertulias de la Librería del Colegio (o Librería de Mortá) y en empresas periodísticas, como *La Guirnalda*, *Las Novedades*, *La Paz*, *La Revista de Buenos Aires* y *El Correo del Domingo* (Bruno 2011). Entre estas experiencias editoriales, *La Guirnalda*, publicación que dirigió junto con su hermano Santiago, permite delinear su mirada sobre la cultura (Auza 1999). La misma se presentó en sociedad con la siguiente intención: “estimular a la juventud inteligente de Buenos Aires [...] ¡Ojalá todos pensarán como nosotros! ¡Ojalá todos comprendieran los inmensos beneficios reportados a los pueblos por las letras!”¹

Este entusiasmo se reitera en varios artículos de Estrada. Quizás estas ideas permitieron que, aunque con diferentes edades, Mansilla (nacido en 1831) y Estrada (nacido en 1842) cruzaran sus caminos entre los años finales de la década de 1850 y los inicios de la siguiente. Con intereses culturales variados y con sus plumas ya entrenadas en diferentes géneros (Estrada había escrito críticas de fuentes históricas, traducciones y notas en varios periódicos; Mansilla, piezas teatrales, recuerdos de viaje y un reglamento para el ejército), pero sobre todo con ímpetu optimistas, promovieron la creación de un espacio para la conciliación de intereses: el Círculo Literario.

En la esquila de invitación se destacaba que la asociación pretendía ser un ámbito “donde cambiándose las ideas, amalgamándose las opiniones y simpatizando los caracteres, se establezcan entre los hombres esa mancomunidad en los pareceres y esa cordialidad en las relaciones personales”.² La invitación fue cursada en junio de 1864 a más de 250 destinatarios y difundida, en simultáneo, en publicaciones como *La Nación Argentina*, *La Tribuna* y *El Correo del Domingo* y señalaba:

Las bellas letras argentinas [que están] adquiriendo un desarrollo consolador para el futuro, y constituyendo poco a poco una profesión o modo de vivir, sienten sin embargo,

¹ Estrada, José Manuel (1858), “Sección Prosa”, en *La Guirnalda*; artículo conservado en Archivo General de la Nación/Universidad Católica Argentina, *Fondo Documental José Manuel Estrada* –en adelante: AGN/UCA, *FDJME*–. 14/11/1858. Descripción: cuadernillo de artículos de José Manuel Estrada para *La Guirnalda*. Signatura. Top: 3372; folios: 564 a 607. El Fondo Documental José Manuel Estrada fue digitalizado por la Universidad Católica Argentina como parte de un proyecto de colaboración con el Archivo General de la Nación de Argentina. Consulté el fondo con permiso excepcional durante la etapa de su digitalización.

² “Carta de invitación para la formación del círculo literario firmada por Lucio V. Mansilla y José Manuel Estrada”, en AGN/UCA, *FDJME*. 14/11/1858, signatura topográfica 3378, folio 49.

desde hace mucho tiempo un gran vacío por la falta de un punto de reunión, donde cambiándose las ideas, amalgamándose las opiniones y simpatizando los caracteres, se establezcan entre los hombres esa mancomunidad en los pareceres y esa cordialidad en las relaciones personales, que debe existir en los miembros de toda asociación. No basta que los hombres se conozcan por sus escritos y producciones, es necesario que se traten y se oigan, si en verdad se quiere que, desapareciendo las preocupaciones que los dividen, prospere y se engrandezca nuestra literatura, cuyos esfuerzos si son nobles y generosos, porque son aislados, son por esto mismo un tanto infecundos y estériles.³

De esta forma, con la intención de armonizar las diferencias y estrechar vínculos sociales, el Círculo Literario pretendía constituirse como una asociación que “sirva de centro a todas las inteligencias argentinas, cualesquiera que sean sus opiniones”.⁴ Respondieron a la convocatoria hombres públicos de distintas edades, tendencias políticas y procedencias geográficas. Las respuestas se hacían eco del llamado a la convivencia en la heterogeneidad.⁵

En las respuestas públicas se celebró varias veces la propuesta de formación de la asociación. Se lee en *La Nación Argentina*: “apoyamos con toda decisión el pensamiento iniciativa por los señores Mansilla y Estrada [...], pues nuestra naciente literatura ya necesita de un centro para cambiar ideas, y para adquirir el desarrollo a que debe y tiene derecho a aspirar” (*La Nación Argentina* –en adelante: *LNA*–, 02/06/1864). En similar dirección, Vicente Quesada destacó que el Círculo Literario nacía en tiempos de calma y llamaba “a los representantes de todas las generaciones y a los hombres de todos los partidos” (Quesada 1864: 500). Con el mismo espíritu, un joven cronista, Eduardo Wilde (que se instaló en la ciudad puerto en 1863), apoyaba la convocatoria y la justificaba al señalar: “sucede actualmente, alrededor de esta mesa, es decir en todo Buenos Aires que cada uno y todos somos literatos” (*LNA*, 13/08/1864).

Pese a que la mayor parte de las respuestas se inscribían en este tono, no tardaron en manifestarse algunos reparos, basados, principalmente, en balances sobre la efímera existencia de las sociedades literarias porteñas de las décadas anteriores. Al tener en cuenta las experiencias del pasado, parte de las contestaciones apuntaban que sería fructífero llevar adelante el proyecto solo si se mantenían las actividades de la asociación al margen de los derroteros de la vida política. Esta preocupación asumió matices diferentes en las respuestas de los invitados. Héctor Varela, por ejemplo, destacaba:

Gracias por mí, gracias por el país. Por mí, porque en medio de estas luchas ardientes de la política, en que muchas veces se agota la inteligencia sin provecho, es un hecho que consuela el corazón, y que, personalmente, me llena de orgullo, ver que ustedes se hayan acordado de un hombre siempre dispuesto a consagrar sus débiles esfuerzos en favor de todo lo que puede

³ “Carta de invitación para la formación del círculo literario firmada por Lucio V. Mansilla y José Manuel Estrada”, en AGN/UCA, *FDJME*. 14/11/1858, signatura topográfica 3378, folio 49.

⁴ “Carta de invitación para la formación del círculo literario firmada por Lucio V. Mansilla y José Manuel Estrada”, en AGN/UCA, *FDJME*. 14/11/1858, signatura topográfica 3378, folio 49.

⁵ El listado de quienes respondieron a la convocatoria de las sesiones iniciales se encuentra en “Círculo Literario” (1864). En: *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, tomo V, pp. 291-292. Quienes fueron considerados socios fundadores de la asociación se encuentran enumerados en “Círculo Literario” (1864). En: *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, tomo V, pp. 376-377.

redundar en provecho de esta tierra querida. Por el país, porque ya era tiempo de que, la ciudad que marcha a la vanguardia del progreso material de la América Española, fundara una asociación, bajo cuyo cielo tranquilo y fraternal, pudiesen congregarse todos los artistas de la inteligencia (*LNA*, 15/06/1864).

Otras figuras se permitían un tono decididamente apesadumbrado. Fue el caso de Heraclio Fajardo (*LNA*, 15/06/1864), por ejemplo, quien había sido fundador de publicaciones periódicas literarias, como *El Recuerdo* y *El Estímulo. Periódico Literario* y promotor de la creación del Ateneo del Plata en 1858 (entre cuyos adherentes se encontraban José María Gutiérrez, Francisco Bilbao, Alejandro Magariños Cervantes, Bartolomé Mitre, Miguel Cané [padre] y otros). Fajardo encarnaba la voz de un testigo de la fractura que había tenido lugar dentro del Ateneo del Plata como resultado de una discusión acerca del lugar que debían tener los asuntos políticos en las reuniones de la asociación (Dardo Rocha y otros bregaban por esta postura que pretendía incorporar los temas políticos a las mismas, hecho que contradecía uno de los puntos del reglamento de la asociación). El debate había llevado a que algunos miembros se apartaran del Ateneo y fundaran el Liceo Literario (entre los que se contaban el propio Fajardo, Carlos María de Viel Castel, Carlos L. Paz y otros) (Molina 2011: 31-47).

Mientras que la experiencia de Fajardo se reflejaba en el tono sombrío de su respuesta, aparecían también otros juicios vacilantes sobre las ventajas de conformar una asociación. Estas voces expresaban reparos sobre el futuro del despliegue intelectual de un país que parecía ritmado por los intereses del progreso material. En este punto, las posiciones adquirieron diferentes matices. Algunas respuestas se orientaban por preguntas sobre cómo se financiaría una asociación cultural y cómo sobrevivirían las personas que en Buenos Aires se dedicaran a las tareas intelectuales. Otra línea de argumentos subrayaba que ciertas figuras ya no podían apostar a las labores culturales porque sus vidas habían sido enteramente absorbidas por cuestiones de órdenes igualmente necesarios para el país, como los roles en la administración pública. En el primer sentido es ilustrativa la respuesta de Francisco Bilbao, que sometía a discusión el tema del sostén económico de los hombres de letras; sugería: “contribuir, cooperar según nuestra medida a la formación y extensión de un Círculo Literario [...] hasta formar una profesión honrosa y lucrativa es sin duda un buen objeto para cuyo éxito deseo vuestra perseverancia y la cooperación del público” (*LNA*, 16/06/1864). En la segunda dirección, es elocuente la respuesta de Miguel G. Fernández, que se mostraba decidido a apoyar a la asociación con un aporte material, pero destacaba: “debo considerar cerrado el camino del Parnaso. Las áridas y pesadas tareas de la judicatura permiten poquísima o ninguna expansión a la literatura; porque el lenguaje de Las Recopiladas y Las Leyes de Indias son como un témpano de hielo sobre la imaginación más fecunda” (*LNA*, 13/06/1864). Héctor Varela, por su parte, planteaba también una inquietud sobre las posibilidades de que en el mundo espiritual se replicaran sanamente las dinámicas de la vida material: “si el espíritu de *asociación* llama a los hombres al terreno de la industria, al de la explotación de las minas, de los ferrocarriles, y de todos los artefactos que son necesarios a la vida humana ¿por qué no llamarlos también al de la asociación artística y literaria?” (*LNA*, 19/06/1864).

En suma, entre el entusiasmo optimista y las respuestas dubitativas, se hicieron presentes en las respuestas a la convocatoria algunos tópicos que signaron las consideraciones sobre la vida cultural en estos años: pensar la cultura como un espacio prístino

que no debía ser contaminado por la política y señalar las dificultades económicas de los hombres de letras (Myers 2003: 305-333). Pero si en la instancia inicial de las respuestas a la invitación fueron estos los temas que aparecieron como terrenos de desacuerdo, cuando avanzó la organización del Círculo Literario, se sumaron las discrepancias de opinión sobre los caminos posibles de despliegue de la vida cultural porteña.

La organización del Círculo Literario

La fundación del Círculo Literario comenzó con una serie de reuniones preparatorias realizadas en la llamada “Casa del Círculo”, en la calle Cuyo número 8 (actual Sarmiento). En las mismas se discutieron aspectos organizativos y se estudió un reglamento inicialmente redactado por Estrada y Mansilla. La primera de estas sesiones tuvo lugar el 16 de julio de 1864. Concurrieron 67 personas, avisaron que estarían ausentes 20 y no avisaron 101 invitados que habían manifestado su interés de sumarse al proyecto. Con tono asombrado, Mansilla confesaba su felicidad ante la consumación de la reunión y la concurrencia de figuras de diversas edades que se congregaron gracias al “llamamiento de dos hombres sin más antecedentes que sus buenas intenciones, y cuya voz sólo ha necesitado pronunciar una palabra para hacerse oír: la palabra mágica asociación”. Luego de estas observaciones iniciales, recuperó los temas centrales de la esquila de invitación. Sobre todo, se encargó de subrayar que la intención de la asociación era la de agrupar “en torno a la misma idea [...] a hombres de distintos matices y colores –proyectos y jóvenes, ricos y pobres, sabios e ilustrados, pero todos decentes” y auguró con optimismo: “diríase que todos los odios viejos, que todos los antagonismos del pasado se han convocado para cantar *réquiem* y entonar el *sursum corda* de la confraternidad futura” (Mansilla 1864: 299).

El futuro que Mansilla presagiaba traspasaba las fronteras porteñas. Su intención era que el Círculo Literario oficiara como el “monolito angular” para llegar a formar finalmente una asociación de carácter nacional, llamada Ateneo Argentino. A su vez, el hecho de convocar a figuras como Heraclio Fajardo y José A. Tavolara sugiere que, quizás, los fundadores tenían la intención de dar proyección rioplatense a la asociación.

Uno de los argumentos reiterados en el discurso de Mansilla fue el de la necesidad de superar las querellas políticas del pasado (sin aclarar a qué período se refiere al mencionar tal tiempo pretérito). Con este objetivo, proponía culminar con las divisiones y destacaba: “nuestro campo de batalla será el de las ideas fructíferas, y en él no brillarán sino las armas inofensivas del ingenio y del saber” (Mansilla 1864: 299 y 300). Sin embargo, su postulación se diferencia de algunos de los juicios ya presentados sobre la necesidad de mantenerse al margen de la vida política. Mansilla argumentaba que en caso de que los miembros del Círculo Literario se vieran llamados “a luchas en el terreno ardiente de los hechos” lo harían como “hombres inteligentes, tolerantes, humanos” (Mansilla 1864: 297).

Pese a que Estrada no pronunció un discurso en las reuniones preparatorias, probablemente acordaba con Mansilla en prácticamente todos los puntos destacados. Sin embargo, puede que sus reservas se manifestaran en lo pertinente a la relación entre vida cultural y mundo político. Unos cinco años antes, se había expresado al respecto en un folleto titulado *Signun Foederis* (dedicado, justamente, a Lucio V. Mansilla). Allí destacaba la

necesidad de establecer la concordia entre Buenos Aires y la Confederación y apuntaba: “la lucha que hoy nos divide, es una espantosa calamidad que aterra el corazón, cuyos sentimiento está sancionado por el amor”.⁶ Abonando esta postura, en uno de sus artículos de *La Guirnalda*, enfatizaba la necesidad de que la vida cultural oficiara como superadora de las diferencias políticas: “la literatura une. La literatura amalgama. Hace olvidar la pasión política y reúne en el vernáculo de la gloria a los hombres de todos los partidos. La literatura es la paz”.

Entonces, es probable que Estrada no estuviera absolutamente de acuerdo con Mansilla respecto de qué dinámicas imprimir al Círculo Literario respecto de la intervención en la vida política. Pese a ello, compartieron las mismas inquietudes que varios de sus contemporáneos y pensaron los problemas de su tiempo con el fin de ver qué podían hacer desde sus posiciones. De este modo, al convocar a la formación del Círculo Literario, pretendieron también repensar la sociedad argentina, la política y la vida cultural para ofrecer, desde un espacio de sociabilidad y sus potencialidades aglutinadoras, una vía para mancomunar los esfuerzos individuales. Este fue otro de los puntos que Mansilla subrayó en su discurso.

Luego de su alocución, Mansilla propuso como presidente del Círculo a Valentín Alsina, quien aceptó el cargo con carácter provisorio. A su vez, los dos promotores de la asociación fueron nombrados secretarios por unanimidad. Por otra parte, se organizó una comisión para discutir el reglamento. La misma estuvo compuesta por Juan María Gutiérrez, Miguel Esteves Saguí, Dardo Rocha y Marcos Sastre. Confluían en esta comisión figuras que podían ser consideradas como representantes de una posible tradición cultural que se podía recuperar y reactivar, como Sastre y Gutiérrez, con hombres más jóvenes, como Dardo Rocha. Esta convivencia de hombres de distintas edades fue subrayada por Mansilla, que al describir el ambiente de las reuniones iniciales se refería a los “próceres del pensamiento argentino” que encontraban una oportunidad para reunirse con los jóvenes, pero también con “algunos representantes del pensamiento europeo” (Mansilla 1864: 293-294).

La comisión propuso una serie de cambios al reglamento que Estrada y Mansilla habían redactado, y terminó presentando un documento de 45 artículos que se consideró cerrado el 27 de julio de 1864. La estructura del reglamento (firmado en su versión definitiva por Valentín Alsina, Lucio V. Mansilla y Héctor F. Varela —este último nombrado secretario ante la declinación del cargo realizada por Estrada—) es la siguiente: I. De los socios; II. Del Directorio; III. Del Presidente; IV. De la Secretaría; V. Del tesorero; VI. Ingreso al Círculo; VII. Fondos del Círculo; VIII. Casa del Círculo; IX. De la Biblioteca; X. Socios honorarios y corresponsales; XI. Protección literaria; XII. Órgano de la asociación; XIII. Secciones del círculo; XIV. Conferencias; XV. Asamblea general; XVI. Disposiciones generales.

Entre las consideraciones de orden formal expresadas en el reglamento, se encuentran algunos puntos de especial interés. Uno de los temas que había sido recurrente en las sesiones preparatorias —y, como se señaló ya, en las respuestas de los interesados— fue el de las fuentes de financiamiento de la asociación. Se manifestaron distintas dudas

⁶ Estrada, José Manuel: “Sección Prosa”. En: *La Guirnalda*; artículo conservado en AGN/UCA, *FDJME*. 14/11/1858. Descripción: cuadernillo de artículos de José Manuel Estrada para *La Guirnalda*. Signatura. Top: 3372; folios: 564 a 607.

acerca de cómo se contaría con fondos para amueblar la sede, comprar los libros y la prensa, entre otras cuestiones. Quizás por estas preocupaciones, las explicitaciones sobre las cuotas a pagar por los miembros es uno de los ítems detalladamente reglamentado en lo que respecta a obligaciones y penalidades (el monto para ingresar al Círculo era de 300 pesos y el la cuota mensual de 50 pesos). Por otra parte, se contemplaba la posibilidad de recibir soporte económico y donaciones de particulares (recibieron desde muebles hasta medallas, entre otros objetos), pero no de ámbitos gubernamentales. Fueron quizás estas preocupaciones materiales las que, aunque se pretendía definir un perfil de hombre de letras ideal que se adhiriera a la asociación, flexibilizaran los márgenes esperables de esta categoría. Por ejemplo, en un artículo se destaca que para ser admitido “se requiere ejercer una profesión literaria, científica, industrial ó artística, o haber dado pruebas de amor a las letras o las bellas artes y ser presentado por tres socios”.⁷

Los márgenes flexibles del perfil de hombre de letras se dibujan también en la formación de las comisiones del Círculo Literario. Se establecía la formación de las siguientes secciones: Ciencias morales y metafísicas; Ciencias históricas; Ciencias matemáticas; Ciencias físicas y naturales; Bellas artes; Bellas letras; Artes útiles, mecánicas e industriales. Frente a este variado panorama, una fórmula laxa se planteó para sintetizar la diversidad: “el poeta y el artista, el jurisconsulto como el médico, todos los que contribuyen al desarrollo y al progreso intelectual y material del país son llamados a estrechar en nuestras salas los vínculos que los unen entre sí, y a disciplinarse en ese espíritu de asociación culta y fraternal, que nos llevará un día a la formación de un Ateneo, en el que podamos honrar dignamente los triunfos de la inteligencia argentina”.⁸

La preocupación por el sostén económico de los letrados surgió ligada a las cuestiones de financiamiento de la asociación. Así lo expresa el capítulo del reglamento destinado a protección literaria, donde se hace explícita la obligación de los adherentes del Círculo de suscribirse a la compra de las obras del resto de los miembros. De esta consideración quedaban excluidas las publicaciones periódicas y diarias en las que escriban los socios. De este modo, la preocupación por la subsistencia de los pares ayudaba a plantear la diferencia entre obra como producto de la decantación intelectual y la tarea periodística y coyuntural. La misma sugerencia se evidencia en la decisión de comprar periódicos nacionales y extranjeros que estuvieran especialmente preocupados por asuntos literarios, excluyendo a aquellos en los que predominaran las noticias de orden político. Así, junto con el gesto de ampliación del perfil de los miembros del Círculo Literario, se trazaban ciertas fronteras entre tareas consideradas de distinto relieve, expresadas, por ejemplo, en la contraposición entre libro y periódico.

Si el sostén económico de los asociados se planteaba como una preocupación, otra de las intenciones de los fundadores del Círculo Literario era la de superar los límites del trabajo atomizado. De este modo, en el reglamento se explicitaba la necesidad de construir espacios de convivencia e intercambio: se propuso contar con una biblioteca, una sala de lectura, una tercera de escritura y otra de reunión a las que pudieran concurrir los socios. Esta propuesta apuntaba seguramente a superar una situación en la cual las bibliotecas personales tenían un peso más importante que el de la Biblioteca Pública de Buenos Aires

⁷ La información de este párrafo se encuentra en “Reglamento del Círculo Literario”. En: *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, tomo V (1864), pp. 305 y 306.

⁸ Información presentada en “Reglamento del Círculo Literario”. En: *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, tomo V (1864), p. 303.

o que la de cualquier otra institución. Una vez más, las preguntas sobre el financiamiento aparecían como un fantasma que se trataba de conjurar al exigir que cada socio donara una obra propia o de otro autor en cualquier idioma al ser admitido. Según puede leerse en las crónicas, la política de desarrollo de la biblioteca fue exitosa. Para octubre de 1864 la biblioteca del Círculo Literario contaba con 902 ejemplares, entre volúmenes y folletos. La sala de lectura se nutría también de más de 30 periódicos publicados en Buenos Aires, otras provincias, Montevideo, Brasil, España y Portugal. El hecho de que pudieran leerse los periódicos y las revistas nacionales y extranjeras en la sala común fue una iniciativa que suplía una carencia: se trataba de una ventaja para quienes no podían adquirirlos por sus propios medios.

El reglamento no dejaba puntos centrales sin tratar. Así puede apreciarse en las consideraciones sobre la necesidad de promover las actividades de la asociación por medio de un órgano impreso. De este modo, se proponía publicar una revista. La misma se nutriría de las colaboraciones que los miembros del círculo ofrecieran voluntariamente y serían revisadas y clasificadas por una comisión. Vicente Quesada depositó su voto de confianza en este emprendimiento y apostó por vincular el Círculo Literario recientemente formado con “la Revista más acreditada y antigua que existe en la República Argentina”. Fue así como *La Revista de Buenos Aires* alojó una “sección especial” que se presentaba como la publicación destinada a promulgar las actividades del Círculo Literario –se propuso también la realización de un tiraje aparte de las páginas pertinentes– que se llamaría “Revista de Ciencia y Letras del Círculo Literario de Buenos Aires”.⁹ La propuesta editorial del Círculo no se detuvo en la fundación de un órgano propio, se proponía también la iniciativa (cuando la holgura económica lo permitiera) de tener una imprenta tipográfica “para hacer la publicación de la Revista de ciencias y letras, la de los trabajos de los socios por su precio real, y formar tipógrafos del país”.¹⁰

Además de estas cuestiones organizativas, en el reglamento se establecía celebrar una conferencia pública por mes. Estas disertaciones debían necesariamente versar sobre literatura americana, historia nacional (anterior a 1810 y posterior a 1810), economía política, derechos constitucional, internacional y administrativo, con el propósito de tener “en vista la importancia de que estas conferencias se contraigan á estudios de aplicación para el país, y contribuyan á crear una verdadera escuela de literatura nacional”.¹¹

Debates y polémicas en el Círculo Literario

Luego del tiempo de las sesiones preparatorias (aprovechado, entre otras cosas, para amoblar y acondicionar la casa de la asociación), de la elección de un directorio provisorio y del establecimiento de la versión final del “reglamento orgánico”, el 21 de agosto de 1864 se inauguró el Círculo Literario. En la sesión de apertura pronunciaron discursos Valentín Alsina (presidente desde las sesiones preparatorias hasta el 22 de agosto) y Juana

⁹ La propuesta es anunciada en 1864. En: *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, tomo V (1864), p. 160.

¹⁰ “Reglamento del Círculo Literario”. En: *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, tomo V (1864), p. 311.

¹¹ “Reglamento del Círculo Literario”. En: *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, tomo V (1864), p. 310.

Manso. Según señala un cronista, además, Pastor Obligado leyó un texto que narraba la historia de las asociaciones literarias en el Río de La Plata. El discurso de Alsina fue breve: se dedicó a señalar que había aceptado presidir el Círculo Literario con carácter provisorio y que dejaría el puesto inmediatamente. Además, se permitía hacer un llamado a que los miembros se dejaran conducir por los: “generosos impulsos de una alta virtud: la perseverancia cuya falta o cuyo olvido ha esterilizado en Buenos Aires, o ha muerto prontamente otras varias creaciones análogas a la presente” (Alsina 1864: 313).

En su discurso, Juana Manso se inclinó por otros argumentos. Inscribió al Círculo Literario en una continuidad: este cumpliría un sueño iniciado con el Salón Literario e interrumpido durante la época de Juan Manuel de Rosas. Así, la asociación concretaría el anhelo de quienes habían sufrido los años de marginación y exilio. Probablemente, esta opinión era compartida por ciertos socios. El 22 de agosto, un día después de la inauguración formal del Círculo, en otra reunión se modificó el directorio. A partir de entonces, quedó compuesto por Juan María Gutiérrez como presidente, Miguel Esteves Saguí como vicepresidente primero, Juan Carlos Gómez como vicepresidente segundo, Lucio V. Mansilla y Héctor Varela como secretarios. El nombramiento de Juan María Gutiérrez como presidente, en remplazo de Valentín Alsina, no hizo más que confirmar la pretensión de continuar el camino propuesto por Juana Manso, apoyado por algunos socios y rechazado por otros.

El reglamento de la asociación estipulaba que el último día de cada mes “se reunirá el Círculo en Asamblea General y tendrá lugar una conferencia pública”. El 30 de septiembre tuvo lugar la primera de estas sesiones, concurren más de 300 personas y la disertación estuvo a cargo del nuevo presidente, Juan María Gutiérrez. Su discurso merece atención, sobre todo en lo que respecta a sus temas centrales. En primer lugar, aparece un llamado a abandonar “los pesados ropajes de la erudición” con el fin de ampliar el impacto del Círculo: “entiendo que debe ser nuestro principal deber el cautivar discretamente la atención del mayor número de nuestros consocios y la simpatía de un auditorio compuesto de personas que no por deber ni por carrera, sino por una laudable afición a los ejercicios del espíritu” (Gutiérrez 1864: 320).

En segundo lugar, Gutiérrez destacaba que la asociación debía ser un marco para distraerse y solazarse “después de las ocupaciones penosas y rudas a veces, que nos imponen las necesidades de la vida”; para reforzar este argumento, señalaba que la denominación Círculo Literario se debía a “la pobreza de nuestros signos en la expresión exacta de las ideas. Ella no es una academia de literatos, sino una Sala en la cual se congregan con el fin de agradarse recíprocamente, todos –o gran número– de los *aficionados a las letras*, con que cuenta la culta Buenos Aires” (Gutiérrez 1864: 321).

En tercer lugar se destacaba un llamamiento a las nuevas figuras de la vida cultural que partía de la construcción de un “nosotros” que daba un lugar de privilegio a los “padres fundadores” con los que, evidentemente, Juan María Gutiérrez se identificaba:

séame permitido dirigirme a la juventud escogida, a esa flor primaveral de la patria, heredera legítima de la antorcha del genio nacional, cuando se desprende de las manos trémulas de las generaciones que se despiden. Venid a conversar con nosotros; traednos el calor, el perfume de los climas tropicales de la existencia: decidnos vuestras aspiraciones, contadnos esas lides internas del corazón que esconde su martirio y su luto bajo los colores rozagantes

de una mañana que envidian los que se contemplan ya envueltos en los crepúsculos de la tarde (Gutiérrez 1864: 321).

Luego de la alocución de Gutiérrez, tomó la palabra Amadeo Jacques, socio fundador del Círculo Literario, y destinó el tiempo a llamar a la comunión entre la ciencia y la literatura. Por último tomó la palabra Bartolomé Mitre, entonces presidente de la República, y en un breve discurso infundió ánimo y auguró largos años de vida al Círculo. Señaló, además, que desde su perspectiva, la sociedad debía, sobre todo, concentrarse en la producción de obras históricas.

En suma, en esta primera ocasión de asamblea y conferencias pronunciaron discursos el presidente de la nación y dos figuras que contaban con cargos educativos centrales: Juan María Gutiérrez –rector de la Universidad de Buenos Aires– y Amadeo Jacques –rector del Colegio de Buenos Aires–. La propuesta de Gutiérrez parecía apuntar a la conformación de un espacio que pusiera los acentos en principios diferentes a los de las instituciones educativas como la universidad que dirigía (en ese sentido sugería que se mantuviera alejado de la erudición), pero también distinto al de las sociedades literarias del pasado (siendo más bien un espacio de recreación y de solaz que de despliegue de la vida intelectual). En este punto parecía haber una diferencia de criterios con Juana Manso, que planteaba una continuidad con las asociaciones del pasado, como el Salón Literario, que permitiría la recuperación de un linaje intelectual interrumpido.

Además de esta divergencia, el punto que más ecos generó del discurso de Gutiérrez fue su apreciación sobre los jóvenes y la creación de un “nosotros” que se autoproclamaba portador de autoridad indiscutida. Las actitudes frente a este planteo fueron diferentes. Eduardo Wilde destacaba en tono fastidiado: “no bien instalado el Círculo, se había establecido una división: unos con derecho o sin él se habían puesto a hacer el papel de maestros, lo que no debió agrandar a aquellos menos audaces que tuvieron que hacer de discípulos” (*LNA*, 14/01/1865) y no dudaba en subrayar que esta división entre los autoproclamados maestros y los que debían obedecerles era nociva para la asociación. En cambio, José Manuel Estrada, apuntaba en una esquila que se sentía honrado por la invitación a pronunciar una conferencia en el Círculo, pero que solicitaba que se hiciera una sesión extraordinaria con fecha diferente a la mensual porque consideraba poco razonable que él tomara la palabra “después de la brillante reunión a la que concurrieron nuestros primeros hombres de letras” (Estrada 1864: 673). Era menos reticente, en suma, a aceptar la validez del “nosotros” propuesto por Gutiérrez.

La conferencia extraordinaria a cargo de Estrada se realizó el 21 de octubre de 1864 y versó sobre la revolución de los comuneros del Paraguay en el siglo XVIII. Concurrieron 150 personas, la mitad del público de la conferencia de septiembre. Luego de la disertación, se hicieron más visibles las tensiones a la hora de evaluar las diferencias entre los jóvenes y los no tan jóvenes. El vicepresidente del Círculo, Miguel Esteves Saguí se refirió a Estrada halagándolo, pero también destacó que el camino de las letras era más sencillo para los jóvenes, ya que contaban con privilegios que los hombres de su edad no habían tenido (Saguí 1864: 681). Mientras que en el mencionado discurso de Juan María Gutiérrez se subrayaba la necesidad de que los jóvenes escucharan a sus mayores, Esteves Saguí sumó como argumento para reforzar la autoridad y legitimidad el hecho de haber sufrido, a causa de una historia que había impedido a los hombres de su edad abocarse a las tareas intelectuales.

La división entre miembros de un grupo intelectual ya asentado y los jóvenes quedaron también expuestas en las crónicas que parecían dar el visto bueno a Estrada porque había sido felicitado por “personas tan competentes como don Bartolomé Mitre, el doctor don Valentín Alsina, el doctor don Guillermo Rawson, el doctor don Miguel Esteves Saguí, el canónigo Piñero, don José María Cantillo y otros”, y no tanto por el interés de los contenidos de la conferencia que pronunció.¹²

Como eco de la disertación de Estrada, en correspondencia privada mantenida con Bartolomé Mitre se pueden seguir varias de las cuestiones aquí apuntadas: Mitre se posicionaba frente a uno de los promotores del Círculo Literario como una autoridad. Este hecho se ve en varias de sus esquelas en las que ofrecía prestarle ejemplares de su biblioteca para que ampliara su investigación, le enviaba correcciones surgidas de su lectura crítica, y no dudaba en autoproclamar su paternidad sobre Estrada en tanto hombre de letras.

A su vez, en las crónicas sobre la conferencia de Estrada se reforzaron varios elementos de tensión ya mencionados. Un comentarista acotaba que uno de los méritos de Estrada es que había sido capaz de cautivar a un auditorio maduro conformado por varias figuras más acostumbradas “al estruendo de la tribuna y á las luchas que apasionan, que á extasiarse en la contemplación de la filosofía de la historia”.¹³ De este modo, la participación en las disputas políticas del pasado se sumaba al sufrimiento por el exilio o la marginación durante la época de Rosas para reforzar la legitimidad de quienes veían a los jóvenes como privilegiados por poder dedicarse a las actividades culturales. De este modo, la voz de Esteves Saguí, las repercusiones de la conferencia de Estrada, y su relación con Mitre, suman datos para pensar las líneas de tensión existentes entre hombres establecidos en la vida pública porteña y figuras emergentes.

Pero no fue este el tono que se mantuvo en las alocuciones siguientes. La intensidad de los temas desplegados en las reuniones del Círculo Literario tendió a desvanecerse. La segunda conferencia ordinaria tuvo lugar el 31 de octubre de 1864, estuvo ausente el presidente, y se leyó una conferencia de Manuel Trelles, por Lucio V. Mansilla; luego, Juan M. Larsen dio un discurso sobre contactos de la literatura europea con la literatura rioplatense. La tercera conferencia tuvo lugar el 20 de noviembre y fue una disertación sobre fotografía de Jaime Arrufó.

Se desconoce si las conferencias continuaron con regularidad mensual y cómo se desplegaron las actividades del Círculo Literario, pero las voces que anunciaban su agonía no tardaron en hacerse escuchar entre 1865 y 1866. No es posible establecer con precisión la cronología de los acontecimientos. Mientras que Wilde anunciaba ya a comienzos de 1865 que estaba escribiendo la partida de defunción de la asociación, Quesada hace una mención al fin de las actividades recién en 1866. Más allá de los detalles, vale señalar que los motivos que se destacaron para dar cuenta de la clausura de la sociedad fueron varios.

Por un lado, rumores sobre diferencias de criterio entre Lucio V. Mansilla y Estrada devinieron moneda corriente en tertulias y periódicos. En la correspondencia privada de los dos promotores se lee a Mansilla preocupado por el desprestigio del Círculo e

¹² Esta información se encuentra en “Círculo Literario”. En: *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, tomo V (1864), p. 685.

¹³ “Círculo Literario”. En: *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, tomo V (1864), p. 685.

insistencia en el rol central que Estrada tenía en la asociación.¹⁴ Estrada, sin demasiadas explicaciones, apuntaba todo lo contrario. Puede que en esta querrela haya aparecido la tensión que se mencionó ya respecto de cómo pensar la asociación en relación con el mundo político. Por su parte, Eduardo Wilde ya no conservaba su optimismo respecto de las potencialidades del Círculo Literario. A la nefasta dinámica maestros-discípulos (promocionada por quienes se creían a la altura de la primera investidura) sumaba como argumento del languidecimiento de la asociación una cuestión económica: destacó que las cuotas de los socios no estaban siendo cobradas y que eso se debía no a la falta de fondos de los miembros sino a la falta de organización.

Vicente Quesada, por su parte, se distanciaba de la explicación de carácter económica de Wilde y ponía los acentos en el otro punto: las relaciones establecidas entre diferentes miembros de la asociación. Luego de escuchar una conferencia de Estrada más tardía, destacaba:

no hemos podido menos que deplorar la desaparición de el Circulo Literario, y nos hemos preguntado ¿porque le falló vida? ¿No hubo en su seno personas desinteresadas que hiciesen lo que el joven Estrada realiza? ¿Donde están esas reputaciones literarias del país que permanecieron mudas en el seno de aquella asociación? [...] Todas las asociaciones literarias han sucumbido en esta ciudad, y creemos que la única causa es la falta de fe en los encargados de dirigirlas ¿Que faltó para darles vida? Hubo fondos por la suscripción, hubo auditorio en las sesiones públicas, faltó únicamente la palabra de los maestros, porque la juventud les cedió la primacía (Quesada 1866: 159).

Refiriéndose a estos maestros, Vicente Quesada subrayaba que era necesario que los “historiadores y literatos más notables” salieran “de ese egoísmo que les hace saber para atesorar, como el avaro, sin hacer partícipes a los demás de su ciencia” (Quesada 1866: 159-160). También a título de balance, señaló que los ámbitos de sociabilidad intelectual y los emprendimientos culturales en la Argentina eran efímeros mientras que se consolidaba un rasgo de la cultura nacional: el de organizarse en torno a figuras individuales y no a proyectos colectivos. Lo cierto es que avanzado el año 1866 ya no se encuentran registros de las actividades del Círculo Literario.

Consideraciones finales

El Círculo Literario compartió las mismas inquietudes que otras agrupaciones de su tiempo que movilizaron a figuras públicas de distintas facciones, edades y procedencias que comenzaban a ganar un espacio en Buenos Aires. Diferentes voces de entonces concentraron su atención en los problemas compartidos: la unidad nacional, las formas de la reorganización política, los caminos de la conciliación entre partidos, facciones, regiones, personalidades políticas, por mencionar sólo algunos tópicos (Halperin Donghi 1995). A tono con otras asociaciones de la época, intentó generar espacios inexistentes en el universo letrado y definir tentativamente la figura del “hombre de letras”. Compartió un

¹⁴ Escrito de Lucio V. Mansilla sobre el Círculo Literario, en AGN/UCA, *FDJME*. Signatura Top: 3374, folio: 650. Carta de José Manuel Estrada a Florencio Varela, AGN/UCA, *FDJME*. Signatura Top: 3368. folio: 797.

clima con periódicos y otras sociabilidades que apuntaron a superar las discordias y que así lo anunciaban ya desde sus nombres, como el Club de la Libertad, la Asociación de la Paz, el Club del Progreso, o la logia Unión del Plata fundada por Sarmiento. En el caso del Círculo Literario, la intención de posicionarse en el terreno de la cultura y dejar a la política de lado fue un tema de discusión constante en el que la mayoría de las voces parecían optar por el principio de salvaguardar la asociación cultural de los tiempos impuestos por los vaivenes de la política.

En la práctica, y con un alto nivel de reglamentación, el Círculo Literario se proponía como un espacio de reunión y sociabilidad intelectual diferente al despacho personal, la redacción de periódico o la trastienda de librería, pero también distinto de las instituciones estatales de la cultura y de las asociaciones en las que primaban los intereses disciplinares o profesionales.

Aunque algunas experiencias fallidas de los años anteriores, como la del mencionado Ateneo del Plata, habían demostrado los límites que encontraban las sociedades culturales, la intención de organizar este tipo de asociación más allá de las diferencias aparecía como una solución fructífera para una cultura escasamente institucionalizada, con herencias facciosas y que empezaba a tomar diversas formas en la presidencia de Bartolomé Mitre, mientras el Estado se consolidaba y se abrían oportunidades para el desarrollo cultural.

Pese a sus buenas intenciones, el Círculo Literario fue escenario de tensiones entre viejas y nuevas aspiraciones y entre diferentes formas de entender las relaciones entre la política y el mundo cultural. Rumores sobre diferencias de criterio entre sus dos fundadores fueron moneda corriente en el momento de su desvanecimiento. Sin embargo, pueden considerarse otros motivos de desaparición. Por ejemplo, las cuestiones de organización interna. Quizás para figuras como Juana Manso era una grata noticia que Juan María Gutiérrez comandara la asociación, pero difícilmente puede encontrarse la misma percepción sobre la continuidad con el pasado y el respeto por hombres considerados de la vieja guardia cultural en los testimonios de hombres más jóvenes. Fueron los últimos quienes mostraron incomodidad o timidez ante las dinámicas que asumían las reuniones. De hecho, el espacio de las conferencias mensuales habilitaba la división entre figuras de autoridad y dignas de ser escuchadas y personalidades menos consolidadas, como señalara oportunamente Estrada.

De este modo, en las actividades del Círculo Literario comenzaron a dibujarse tensiones. Las generadas por los choques entre figuras de distintas edades fueron centrales, pero no las únicas. Mientras que algunos de sus miembros y fundadores, como Mansilla, propusieron mirar hacia el futuro, otras voces, como la de Juana Manso, socia honoraria, destacaban que la asociación cumpliría un sueño iniciado con el Salón Literario e interrumpido durante la época de Rosas. Se dibujaban diferencias entre las opiniones de aquellos que pretendían saldar deudas y quienes proponían mirar al futuro.

Otras líneas de tensión tuvieron que ver con el lugar que se pretendía dar a la política en el marco del Círculo Literario. En un primer momento, sus promotores pretendían dejar a la política de lado de manera explícita —así se lee en su correspondencia privada—. Además, esta intención fue explícita en la eschuela de invitación y en los discursos de apertura. Sin embargo, la voz de Mansilla no fue tan tajante al respecto durante sus intervenciones en las sesiones preparatorias. Aunque la asociación no contó con apoyo ni subsidio estatal, puede que la presencia de Bartolomé Mitre y varios miembros de su gabinete no permitieran que los asuntos políticos quedaran totalmente al margen de las actividades de

la asociación. Wilde, en este sentido, llamaba la atención a la juventud instando a que se concentrara en la literatura y la cultura y que dejara de lado la política, considerada una actividad perniciosas.

Por otra parte, la experiencia del Círculo Literario muestra también que aún estaban abiertas algunas heridas. Así, por ejemplo, a la hora de evaluar los años del rosismo, algunas voces proponían dejar el asunto atrás, mientras que otras subrayaban que su padecimiento en los años de marginación o exilio debían ser traídos a la memoria con una doble función: recordarles a los jóvenes que contaban con privilegios que habían sido vedados a sus mayores y mostrar una marca dadora de cierta legitimidad en la vida pública. Quizás los dos promotores del Círculo Literario se vieron sorprendidos por la vigencia de este tipo de planteos: tenían en común pocos trazos biográficos, pero, ciertamente, sus familias no habían marchado al exilio ni habían sido perseguidas, hecho que, quizás, los llevara a no tener una identificación inmediata con los hombres del exilio, ni a considerarlos autoridades indiscutidas. En este punto, mientras que Mansilla parecía hacer un esfuerzo por minimizar las determinaciones del pasado y bregar por la convivencia sin jerarquías, Estrada parecía acatar las lecturas sobre el país y su vida cultural propuestas por los “padres fundadores”; su relación con Mitre así lo constata. En simultáneo, otras figuras –como Wilde, hijo de exiliados– no parecían dóciles a la hora de aceptar sumisamente la preeminencia de personajes de la talla de Bartolomé Mitre o Juan María Gutiérrez.

Lo cierto es que, en las respuestas a la invitación a formar la asociación, en los discursos inaugurales y en las conferencias, las referencias al pasado –ya sea a los tiempos del rosismo y del exilio de algunas figuras, como a los años de la más reciente experiencia de la Confederación– funcionaban como coordenadas explicativas para pensar el presente del país, en los posicionamientos de sus hombres públicos y en las potencialidades y los límites de su vida cultural. De este modo, aunque un espacio como el Círculo Literario podía ser un ámbito óptimo para la recomposición de lazos personales y la construcción de relaciones que se habían quebrado durante las décadas anteriores, la realidad mostró que no sería sencillo zurcir una nueva trama social y construir lazos de confianza allí donde durante décadas habían primado las fracturas. En este sentido, aunque un tópico de época, la reiteración acerca de la necesidad de mantener las actividades literarias ajenas a los vaivenes del momento puede asumir un tono particular en las voces de los participantes del círculo: quizás existía un acuerdo sobre la imperiosa necesidad de salvaguardar ciertos espacios para construir lazos sociales, vínculos personales y lealtades que en los ámbitos políticos de entonces no podían darse.

A este escenario se sumaron las tensiones de la hora. Aunque con el comienzo de la presidencia de Mitre parecía dibujarse una etapa de cierta estabilidad en Buenos Aires, esta se vio alterada rápidamente, primero por las contiendas electorales, y de manera más tajante por la Guerra del Paraguay. El conflicto bélico fue visto por los contemporáneos con miradas contrapuestas. Algunas voces se referían al mismo como un “retroceso”, o al menos como la reapertura de una herida que se creía cerrada. En esta dirección opinó Wilde en una de sus crónicas:

parecíamos cansados de la guerra y no lo estábamos, y si en lugar de pensar en ella nos hubiéramos puesto a pensar en el engrandecimiento del país por medio de la industria, la agricultura, el comercio y la educación popular, quizá no hubiéramos sido arrastrados hasta el punto de

tener que deplorar hoy la muerte de más de diez mil argentinos, cuyos nombres faltan en los censos (*El Pueblo*, 22/05/1867).

Pero mientras que para ciertas voces el espectáculo de la guerra resultaba desgarrador y comenzaban a criticar las decisiones políticas de Bartolomé Mitre, otras se alinearon con entusiasmo. Fue el caso de los dos fundadores del Círculo Literario. Lucio V. Mansilla se marchó de Buenos Aires y se encargó de reclutar soldados en distintas provincias, y José Manuel Estrada se mostró especialmente interesado con el despliegue de la guerra en sus escritos de *La Nación Argentina*. A tono con otras lecturas contemporáneas sobre la Guerra del Paraguay, Estrada planteó la guerra en términos duales: civilización-barbarie, tiranía-libertad; sostenía:

La guerra [...] está trabada entre la civilización y la barbarie. Representa la lucha de todos los pueblos del Plata en defensa propia y en prosecución de un objetivo inspirado por la generosidad del corazón democrático, que palpita vigorosamente en las tres naciones aliadas (Estrada 1865: 352).

La fascinación de Estrada frente a la Guerra del Paraguay se tradujo en un respeto solemne por la figura de Mitre y en un abandono de sus ideales juveniles acerca de las posibilidades conciliatorias del ejercicio de la literatura y de las asociaciones intelectuales, en particular del aquí estudiado Círculo Literario.

Así, pese a los discursos que idealizaban la estabilidad alcanzada a comienzos de la década de 1860, puede que un evento como la Guerra de Paraguay haya puesto en evidencia que los tiempos de paz no habían llegado para quedarse. Las experiencias individuales de los promotores del Círculo Literario fueron prueba de ello. El nuevo ciclo de debates que la Guerra de la Triple Alianza abrió, por su parte, mostraba también que la conciliación de intereses y la tolerancia propuesta por una sociedad literaria no saldaba las tensiones existentes y que las posibilidades de despliegue de las asociaciones culturales en un país que aún no terminaba de encontrar la estabilidad añorada parecía ser más factible en el plano de los proyectos que en el de las concreciones.

Bibliografía

- Agulhon, Maurice (1992): “La sociabilidad como categoría histórica”. En: AA. VV.: *Formas de sociabilidad en Chile 1840-1940*. Santiago de Chile: Fundación Mario Góngora, pp. 1-10.
- (2009): *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Alsina, Valentín (1864): “Intervención en el Círculo Literario”. En: *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, tomo V, pp. 312-314.
- Auza, Néstor (1978): *Lucio V. Mansilla. La Confederación*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- (1999): *La literatura periodística porteña del siglo XIX*. Buenos Aires: Confluencia.
- Bruno, Paula (2009): “La vida letrada porteña entre 1860 y el fin-de-siglo. Coordenadas para un mapa de la elite intelectual”. En: *Anuario IEHS*, 24, pp. 338-369.
- (2011): *Pioneros culturales de la Argentina. Biografías de una época, 1860-1910*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- (dir.) (2014): *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

- Canal i Morell, Jordi (1993): “El concepto de sociabilidad en la historiografía contemporánea (Francia, Italia y España)”. En: *Siglo XIX. Nueva época*, 13, pp. 5-25.
- Chartier, Roger (2003): *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*. Barcelona: Gedisa.
- Craveri, Benedetta (2002): *La cultura de la conversación*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Devoto, Fernando (1995): “Participación y conflictos en las sociedades italianas de socorros mutuos”. En Devoto, Fernando/Rosoli, Gianfausto (comps.): *La inmigración italiana en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos, pp. 141-164.
- Devoto, Fernando/Fernández, Alejandro (1990): “Mutualismo étnico, liderazgo y participación política. Algunas hipótesis de trabajo”. En: Armus, Diego (comp.): *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de Historia Social Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 129-152.
- Estrada, José Manuel (1864): “Intervención en el Círculo Literario”, En: *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, tomo V, p. 673.
- (1865): *Ensayo histórico sobre la revolución de los comuneros de Paraguay en el siglo XVIII. Seguido de una apéndice sobre la decadencia del Paraguay y la guerra de 1865*. Buenos Aires: Imprenta de La Nación Argentina.
- Eujanián, Alejandro (1999): “La cultura: público, autores y editores”. En: Bonaudo, Marta (dir.): *Liberalismo, estado y orden burgués, 1852-1880*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 545-605.
- Gayol, Sandra (2002): *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y cafés, 1862-1910*. Buenos Aires: Ediciones Del Signo.
- González Bernardo, Pilar (2001): *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gutiérrez, Juan María (1864): “Primera Conferencia. Círculo Literario”. En: *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, tomo V, p. 320-332.
- Habermas, Jürgen (1991): *The Structural Transformation of the Public Sphere. An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*. Cambridge: The MIT Press.
- Halperin Donghi, Tulio (1995): *Proyecto y construcción de una nación (1846-1880)*. Buenos Aires: Ariel.
- Losada, Leandro (2006): “Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: Los clubes sociales de la elite porteña (1880-1930)”. En: *Desarrollo Económico*, 180, enero-marzo, pp. 547-572.
- Luna, Elba/Cecconi, Élica (2002) (dirs.): *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en la Argentina*. Buenos Aires: Gadis.
- Mansilla, Lucio (1864): “Círculo Literario”. En: *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, tomo V, pp. 295-300.
- Molina, Hebe (2011): “Lectoras y escritoras en la Argentina de 1860: Margarita Rufina Ochagavía y M. Sasor”. En: *Anclajes*, 15, 2, pp. 31-47.
- Myers, Jorge (2003): “‘Aquí nadie vive de las bellas letras’. Literatura e ideas desde el Salón Literario a la Organización Nacional”. En: Schwartzman, Julio (dir.), *La lucha de los lenguajes*. Buenos Aires: Emecé, pp. 305-333.
- Quesada, Vicente (1866): “Bosquejo histórico de la civilización política en las provincias del Río de La Plata. Conferencias públicas por José Manuel Estrada”. En: *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, tomo IX, pp. 158-160.
- Racine, Nicole/Trebtsch, Michel (dirs.) (1992): *Sociabilités intellectuelles. Lieux, milieux, réseaux*. Paris: Les Cahiers de L’HHPT, n°. 20.
- Sabato, Hilda (1998): *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sagui, Miguel Esteves (1864): “Conferencia extraordinaria. Círculo Literario”. En: *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, tomo V, pp. 674-681.